

“Isagoge [a *Imagen y carácter de J. J. Winckelmann. Cartas y testimonios*]”

p. 547-584

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Isagoge

[*la Imagen y carácter de J. J. Winckelmann. Cartas y testimonios*]

547

El perfil de la intimidad

Con motivo de la primera edición mexicana de una obra de Juan Joaquín Winckelmann, *De la belleza en el arte clásico*, selección de estudios y ensayos del esteta alemán, anunciamos la publicación de un epistolario mínimo winckelmanniano con el que completaríamos la entelequia de su personalidad y la intimidad del primer historiador y crítico, en serio, no exclusivamente erudite, del arte. Toda una complicada serie de exigencias académicas y de publicaciones específicas historiográficas paralizaron nuestro comercio intelectual con el famoso stendalense, cuando ya teníamos traducido un buen número de cartas que envió a sus más queridos amigos a lo largo de su vida. Y ahora viene muy a nuestro propósito recurrir a la sentencia horaciana para excusarnos de la muy dilatada extensión temporal que, sin desearlo, nos vimos obligados a tomar, haciendo dormir o descansar el manuscrito no ya los nueve años que como máximo aconsejaba el escritor latino (“Nonumque prematur in annum”), sino los muchos transcurridos desde que guardamos un selecto ramillete de las cartas de Winckelmann en esa vieja carpeta que todos

tenemos para archivar trabajos inconclusos o conatos futuros de investigación, que en muy pocas ocasiones actualizamos y completamos. Sin embargo, hemos podido sobreponernos a esta norma casi general integrando y publicando la selección epistolar aquí presente.

La correspondencia de Winckelmann, de suyo interesante, constituye la verdadera fuente para conocer el carácter de este autor dieciochesco, por la muy convincente razón de que en sus cartas se expresó sin reserva alguna, a veces al desnudo. Goethe, que sólo conoció una pequeña parte de esta correspondencia privada, indica que en ella encuentra de todo el lector, “desde los anhelos morales más sublimes a las más vulgares necesidades físicas”, y hasta llega a decir que al autor “le place más hablar de menudencias personales que de temas principales”.

A diferencia de los escritos destinados a la publicación, textos retocados y cuidadosamente pulidos, exentos de vulgaridades, en las comunicaciones confidenciales ocurre lo contrario y hasta hace gala de aquéllas de vez en cuando. Estas cartas escritas a sus íntimos nos proporcionan la otra cara o característica del autor. En ellas expone sus sueños y ensueños; sus inclinaciones y confidencias amorosas; sus alegrías y desengaños; sus aspiraciones, amarguras y fracasos. En ocasiones muestra excesiva franqueza; pero es que Winckelmann cuando la exterioriza no es en ese caso el historiador y esteta neoclásico entregado al público y pendiente del lector, sino el hombre desgarrado y sufrido que lucha denodada, casi demoniacamente, por emerger y elevarse en pugnaz soledad, trabajosamente, y sumido en el recuerdo de la miserable vida que le tocó vivir en su niñez y juveniles años. No tiene, por consiguiente, que ejercer ninguna reserva ni autocensura, de aquí su descomedimiento y desenfado que le lleva incluso, según manifiesta, a confesarse en latín (aludiendo a Petronio y a Marcial) porque en esta lengua soltaba mejor sus defectos y otras cosas donosas, aunque de vez en cuando se desembarazaba de su mimetismo clásico y distraía a su señor, el cardenal Albani, contándole sus *amours*.

En sus trabajos científico-literarios no tenía por qué exhibirse tal y como era ni dar cuenta de su homosexualidad ni tampoco tenía que reflejar la lucha que en su fuero interno sostenía contra su inclinación; no tan exclusiva, sin embargo, que no le permitiese cuando menos admirar la belleza femenina y soñar acaso el goce de la misma.

Las relaciones de Winckelmann con sus amigos siempre fueron en su mayor parte ardientes y él elevó el peculiar culto germánico a la amistad (*Freundschaftskult*) a extremos casi sagrados de veneración y también a límites amorosos depresivos. Sus amores, tres de ellos cuando menos (Lamprecht, Berendis y Berg) desbordaron los linderos de la simple amistad y en el más borrascoso de todos, el primero, el fervor cariñoso lo llevó a extremos de sumisa morbosidad y servidumbre. En otros casos la relación fue más bien platónica, así le aconteció con su admiración por “el más digno de todos los príncipes”, el “divino” Leopoldo Federico de Anhalt-Dessau, “dios redivivo y virtuoso”. Algo semejante le sucedió con el joven barón livonio Federico Renaldo de Berg, al que dedicó un tratado sobre el sentimiento de lo bello en el arte, alomado con este alusivo requiebro pindárico: ...*ἰδέα τε καλόν, ὄρα τε κεκραμένον*.¹

En 1762 había escrito a su “noble amigo” expresándole el incomprensido divino impulso o armonía que él experimentaba en el grado más supremo; es decir, en todas las posibilidades del amor; masculinas y femeninas. Pero junto a estas idealizadas declaraciones encontramos otras mucho más prosaicas y un tanto procaces, así por ejemplo la desenfadada comunicación a un amigo de que aprovechando la canícula romana pasaría un mes a solas; pero en compañía de un hermoso y joven sujeto de “belleza viviente”, sin que por ello provocase en Roma ningún escándalo dado que a nadie en la ciudad le importaba el caso. De hecho Roma se convertirá para Winckelmann en el país de la humanidad y del amor, a lo heroico, entre los hombres; ciudad donde se vivía y se dejaba vivir y en donde él esperaba acabar sus días en libertad y en paz.

No obstante esta franca y confesada inclinación, ella no le impediría cortejar al antiguo y trasnochado estilo caballeresco de las cortes de amor a la hermosísima Margarita, la más “sublime belleza” de toda Italia, esposa de su amigo el pintor Mengs, la cual resultaba irresistible para su admirador. Parece ser de acuerdo con la propia declaración de Winckelmann, que el artista alemán estaba dispuesto a compartir con él “todo cuanto [tenía] por más caro en el mundo”; pero el lector puede tomar el caso por una peculiar apertura participativa de un *ménage à trois* idealizado al máximo, de amistad sublime.

1 Píndaro, *Olímpicas*, introducción, versión y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1990, x, v. 103-104. [En el esplendor de esta belleza, en la flor de esta juventud.]

Nuestro personaje, ya lo insinuamos, admite francamente que nunca ha sido enemigo del sexo femenino, que así lo ha pregonado él mismo y que le hubiera gustado contraer matrimonio si hubiese vuelto a Alemania tras su estancia en Roma; pero que al presente (1767) vive en la Ciudad Eterna y que su posibilidad de progresar se la debe a su abstinencia, a su trabajo y asiduidad diligentes. Por otra parte aunque admira la belleza en ambos sexos tiene por más duradera y suprema la masculina, al igual que pensaban los griegos clásicos, porque en las mujeres la belleza se marchita más pronto, como ocurre con unos senos hermosos, que presto pierden su hermosura en cumplimiento de la crianza que es su misión primordial. Es frecuente alabar, prosigue Winckelmann, a un anciano hermoso y no lo es que se diga de una anciana, salvo muy excepcionalmente, lo mismo.

Este culto a la amistad sustituía, como manifiestan algunos críticos, la falta de unidad política en Alemania, la cual desde la reforma religiosa luterana y la subsecuente y desoladora guerra campesina (más de 150 000 labriegos asesinados) y la trágica y carnicera secuela de la guerra de Treinta Años (1618-1648), que desgarró y diezmó a la gran Germania, había visto decaer su prepotencia y riqueza imperiales. La recuperación alemana fue lenta y difícil y la renovación dio comienzos durante el siglo XVIII, a partir de la segunda mitad de la centuria ilustrada, gracias en buena parte a los triunfos militares del joven rey prusiano Federico II El Grande durante la guerra de Siete Años (1756-1763), frente a la tres grandes potencias coaligadas contra él (Francia, Austria y Rusia). Así comenzó el modesto reino de Prusia a salir de su insignificante posición política para perfilarse como la cuarta potencia continental. La expansión territorial y el florecimiento económico, político, militar y cultural a la sombra de Sans Souci hicieron del régimen absolutista e ilustrado fridericiano la cuna del despotismo prusiano unificador.

La unificación todavía estaba lejos y el culto sustitutivo se traducía, según Hanno Beck, en una enfermiza propensión de las élites juveniles alemanas a extremos que violaban las relaciones naturales de amistad entre varones.² El argumento esgrimido por este autor para aclarar la inclinación amorosa de Alejandro von Humboldt por el teniente Reinhard von Haeften podemos hacerlo extensivo a Winckelmann porque también sufriría éste la angustia de la

2 Hanno Beck, *Alexander von Humboldt*, trad. de Carlos Gerhard, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 81.

dispersión, y sus amores, como en el caso citado, fueron más allá de la simple amistad y del amor fraterno. En ambos casos se trata de la atracción, veneración y sumisión ante el ser amado; amor que no depende sino de la voluntad del otro, del enamorado, que como un Dios griego enamora, pero no se enamora, que éste parece ser el caso de Winckelmann con el joven Lamprecht. El propio Goethe reconoce que en su época las relaciones del hombre con la mujer habían perdido el carácter exclusivo y tosco de antaño, limitado a las necesidades más vulgares; se habían vuelto más tiernas y espirituales. Antes de este cambio los jóvenes y los adultos reservaban tales delicadezas a la relación amistosa entre personas de su mismo sexo. Nadie mejor que Goethe para aclarar el sentido de esta mutua dependencia erótica: “el cumplimiento apasionado de los deberes amorosos, el goce de la inseparabilidad, la entrega del uno al otro, la decisión explícita para toda la vida, la fatal compañía en la muerte, llénanos de asombro en la unión de dos efebos, y hasta sonrojo sentimos cuando poetas, historiadores, filósofos y oradores nos abrumen con fábulas, sucesos, sentimientos e ideas semejantes de fondo y contenido”.³

Esta existencia libre de prejuicios (*Freiesleben*), este vivir o desvivir al margen de la moralidad tradicional era, sin duda, una interpretación acomodaticia del *pecca fortiter* luterano, que se extremaba a causa de la laxitud de las cortes europeas de entonces y muy particularmente la prusiana; una corte predominantemente masculina, pero torcida y corrupta, donde la presencia femenina estaba limitada a la reina Aurelia y a sus azafatas. A esta corte singular estuvo a punto de llegar Winckelmann invitado por el propio rey, quien estaba empeñado en contratarlo; mas Roma no quiso desprenderse del sabio escritorato y crítico experto del arte; aumentó las ofertas y así pudo el entusiasta escritor liberarse del señuelo de aquel monarca de la nueva Esparta-Atenas, como calificó Winckelmann a Potsdam, en donde un huésped ilustradísimo, Voltaire, difundía ingeniosas malicias y acreditaba al soberano de “amable ramera”.

El problema de Winckelmann consistía en que demandaba mucho de la amistad y cuando el requerimiento no era satisfecho el desengaño le punzaba y declaraba que la amistad equivalía a “sembrar en el viento”. Gime demasiado y exige de los amigos reciprocidad: es muy susceptible y su sensibilidad a

³ J. W. Goethe, “Estudio crítico”, en J. J. Winckelmann, *Historia del arte de la antigüedad*, trad. de Manuel Tamayo Benito, Madrid, Aguilar, 1955, 49.

flor de piel empaña sus relaciones amistosas. De suerte que cuando se debilitan los lazos de afecto o siente o imagina él que se amortiguan, clama al cielo, rompe con sus íntimos y vuelve poco después a buscarlos, a congraciarse con ellos, a amarlos de nuevo y a humillarse. Se declara inhábil por naturaleza para hacerse amar; un astro maligno lo aleja de sus queridos amigos y en un momento de desesperación se muestra del todo abatido y desilusionado. La amistad alcanza en él sublimidades excelsas; la experimenta a lo clásico, a la escala de los inmortales y heroicos camaradas homéricos. Como escribe Goethe, “para una amistad de esa naturaleza sentíase nacido Winckelmann, y no sólo capaz de ella, sino necesitándolo en grado sumo; sólo sentía su propio yo en la forma de la amistad; sólo se reconocía en la imagen del todo que con un tercero se completa. Winckelmann se da, se entrega por entero al ser que ama no importa cuán indigno sea el sujeto amado; ser pródigo con él y sacrificar por él, si fuese preciso, la propia existencia. Aquí es donde, aun en medio del agobio y de la necesidad siéntese grande, rico, pródigo y feliz por poderle dar algo a quien ama sobre todas las cosas, y al que incluso, como supremo sacrificio, tiene que perdonar su ingratitud”.⁴

Durante toda su vida, pese a las decepciones, estuvo interesado por la belleza varonil; su sensibilidad se aliaba, como hemos mencionado, a una verdadera pasión por la amistad. Para racionalizar estas inclinaciones recurrió al mundo ejemplar de Homero, al ideal platónico y a la realidad de las esculturas griegas, todavía escasas y no todas auténticas, que le enamoraron estéticamente.

Nobilis et erudita peregrinatio

El humanista holandés Justo Lipsio (1547-1606), nacido en Overijse, Brabante, fallecido en Lovaina, fue uno de los tantos notables bárbaros nórdicos civilizados cuyo obligado viaje a Italia pulió su rusticidad de erudito puramente sabio y lo afinó hasta tal punto mediante la gracia y sencillez áticas renacentistas, que lo convirtió en un nuevo hombre de espíritu equilibrado, tolerante, donoso, calmado, sereno y dueño de sí mismo en medio de los borrascosos tiempos, entre concordia y discordia, que le tocaron vivir. El modelo no fue sin duda otro sino Baltasar Castiglione, cuyo *Cortesano* se

4 *Idem*.

convirtió no únicamente en el espejo de la vida áulica, sino también en el mejor tratado de educación sobre la sociedad de su época, de acuerdo con Menéndez y Pelayo.

Existe una muy curiosa, comentada, famosa y reveladora carta del sapiente Lipsio, que fue secretario del cardenal Granvela (consejero a su vez del emperador Carlos V y del rey Felipe II) en la que el flamenco se refiere a la noble y erudita peregrinación y distingue además en aquélla tres puntos esenciales respecto de la peregrinación humanista: el primero consiste en aconsejar la formación del juicio mediante los viajes al extranjero, con objeto de conocer los pueblos, sus costumbres, características y condiciones; el segundo punto se refiere al efecto que ejerce el conocimiento del pasado grecorromano sobre la fantasía, el entendimiento y en general sobre el espíritu humano, aludiendo Lipsio a “la luz que estos templos y teatros, estos arcos triunfales y tumbas arrojan sobre las páginas en blanco que el escritor tiene ante sus ojos sobre la mesa de trabajo”. Se trata, prosigue el escritor, “de una secreta delicia, el deleite del saber sobre la tierra, donde las grandezas de la antigüedad se han paseado y donde sus manes no sólo ante el recuerdo, sino, por decirlo así, ante la vista pasan; la elevación asimismo del espíritu, que ante el espectáculo de tan grandes y excelsas cosas añade por su cuenta algo más grande. Empero los humanistas, los nobles y los grandes burgueses de la Europa septentrional, como él mismo expresa aludiendo a los habitantes del norte, estaban necesitados fundamentalmente de la luz y del ánimo sureños, y ello constituye el tercer punto que dejamos pendiente renglones atrás, el influjo bienhechor, dulcificante y ennoblecedor de las naciones románicas, de Italia principalmente, para poder limar las rudezas de los boreales con su exquisita urbanidad de gentiles hombres, porque la elegancia en los modales y en la lengua, “la virtud de la exposición”, el sentido del decoro y de la gracia solamente nos lo enseñan, finaliza Lipsio, esas viejas naciones de cultura latina.

En efecto, en admirable peregrinación los hombres nórdicos más representativos de la Europa sensible y culta del siglo XVI acuden a Italia, sirena del mundo, siguiendo la huella de sus blondos y fieros antepasados invasores, e inspirados también por el espíritu paganizante ilustrado del emperador Federico II (1212-1250).

La *tour* de Italia se convierte en instancia de salvación estética y literaria para todos los espíritus sensibles europeos de la centuria decimosexta y lo continuará siendo humanística y artísticamente, insistamos en ello, hasta la

decimotava decadente y barroca. En el siglo XVIII los europeos ilustrados e ilustres se sienten obligados a viajar por una Italia en la que además de exhibir los restos ennoblecedores del mundo clásico fenecido y las grandes creaciones renacentistas, brillaba con los postreros fulgores del barroco, a la par que iba cediendo paulatinamente a las normas estilísticas neoclásicas en las artes y en las letras.

Un salto secular nos sitúa ahora, desde nuestro punto de vista, en el año del Señor de 1754, en el que otro cultísimo y muy erudito bárbaro nórdico se dispone a emprender desde la rococó y principesca capital de Sajonia, desde Dresde, un viaje largamente soñado y revelador, además de conformativo, a Roma. Se trata de una excursión deseada con ansia y realizada finalmente por un anhelante viajero que ha dejado ya atrás los mejores años de su vida y que, sin embargo, no cesa un punto en su instintivo deseo de mutación estética que solamente Roma podría proporcionarle y que sólo en la anárquica y bulliciosa ciudad papal podía ocurrir. Juan Joaquín Winckelmann es el viajero soñador y estudioso, latinista consumado y, sobre todo, helenista extraordinario; oscura y docta oruga tudésca, si se nos permite utilizar el símil consagrado, que va a iniciar su transformación en vistosa y espléndida mariposa romana.

Hacia el sur, hacia Italia, hacia Roma, se encaminaba con sus 38 años auestas un hombre ansioso y especiante; pero al mismo tiempo muy desalentado, desconfiado y maltratado por la vida. Iba en busca de una confirmación estética intuida en Halle y confirmada en Dresde; iba también en procura de mayor luz, de refinamiento y reconocimiento; de roce social y de un escenario artístico universal que solamente la generosa y turbulenta ciudad pontificia podría proporcionarle.

Al igual que Goethe, años más tarde, el sol, el clima meridional, la fragancia de los azahares embriagan a Winckelmann, al mismo tiempo que las nobles y mudas ruinas, las estatuas, los bajorrelieves y acueductos esperan transmitir sus mensajes a quien como él sabía interrogarlos. También supo de esto el autor del *Fausto*; pero se le facilitó la tarea pues fue llevado de la mano por su Virgilio stendaliano; es decir, por la lectura de las obras de Winckelmann, principalmente por las *Ideas* y por la *Historia del arte en la Antigüedad*. Estos dos preclaros alemanes, cada cual en su tiempo, no muy distante por cierto el uno del otro, se sentirán en Roma a sus anchas. No se considerarán propiamente extranjeros ni desterrados; su contacto espiritual y físico con la tierra y con el pasado histórico latino los hace vivir como nuevos Ulises su

regreso a Ítaca; percibir los efluvios paganos que los envuelve y que de cierta manera sienten como suyos y los identifica plenamente con el mundo clásico. Un mismo espíritu los apresa y exalta, y ambos experimentan una vigorosa impresión de exultante felicidad, de dicha y asimismo de decoro y serenidad, de sencillez y refinamiento. En su *Viaje a Italia* cuenta Goethe (carta del 13 de diciembre de 1786) que experimentó gran emoción al leer las cartas de Winckelmann: “¡Hace treinta y un años [escribe] que en esta misma estación llegó aquí, más ignorante aún que yo mismo; pero con este mismo ardor germánico, para un estudio sólido y serio de las Antigüedades y del arte! ¡Y cuán audazmente supo vencer todas las dificultades! ¡Qué precioso me es el recuerdo de aquel hombre en este lugar en que me encuentro!”

Ya se encontraba Winckelmann en Roma, sus deseos se habían cumplido y sus esperanzas satisfechas al máximo. Experimenta del todo asombrado que sus ideas se han materializado, personificado ante la contemplación arrebatadora de los restos de una época de gigantes, como expresa Goethe. Dado que Winckelmann nunca hizo literariamente expresión de estos sentimientos mediante el elevado estilo poético que se sintió más de una vez obligado a emplear, suponemos que nada será más ilustrativo que traer ahora a colación al creador de *Ifigenia* para patentizar la dicha que le embarga por hallarse en la ciudad asentada sobre las siete famosas colinas: “Aquí en Roma el espíritu recibe una vigorosa huella; se llega a la gravedad sin dureza, a la calma y a la alegría. Me felicito de las consecuencias beneficiosas que resultarán para toda mi vida. Cuando se abandona Roma se experimenta un sentimiento doloroso que no se puede comunicar a los que no la han visto”.

Y en efecto, fue también tan intenso y doloroso para Winckelmann el vacío anímico y angustioso, el profundo sentimiento de ausencia experimentado, que en su tornaviaje a Alemania (*tour* imaginada por él triunfal e incluso de hijo pródigo reconciliado) al recorrer de nuevo el camino serpenteante por ende las montañas tirolesas, el paisaje que antes fue su deleite y al que magnificó con desmesura, ahora lo deprime y acongoja; la vista asimismo del panorama urbano germánico; la impresionante seriedad de las catedrales góticas (*Kathedralersthafteit*), así como –cabe imaginarlo– el acoso de los fantasmas y los recuerdos de su mísera y triste existencia allende los Alpes lo mueven a una funesta decisión. Abandona su proyectado amplio itinerario; sale de Viena tras de cumplir penosamente sus compromisos con la corte imperial y se dirige rápidamente hacia la Italia ausente; hace escala

en Trieste donde sin sospecharlo siquiera tendría trágica y siniestra cita con la muerte (8 de junio de 1768).

J. J. Winckelmanns *Lehrejahre*

Los años de aprendizaje de Winckelmann, dicho sea con toda la admiración que nos merece Goethe, fueron tan complicados y difíciles como los de Guillermo Meister. Como escribe Ludwig Curtius, “entre los numerosos personajes de vida atribulada que venciendo dificultades con denuedo logran triunfar, nos encontramos en la historia del pensamiento alemán la más extraordinaria y la que debía tener la más fuerte repercusión, la de Juan Joaquín Winckelmann”.⁵ Los años de aprendizaje del personaje imaginado por Goethe tienen por antecedente, sólo en cierto modo, los durísimos años de miserable infancia, de adolescencia más que mediocre, de vida mezquina, de onerosa formación profesional y de docencia tiránica soportada por el stendalense antes de su evolución romana. Ambos personajes buscan ansiosamente su felicidad, el goethiano en el arte teatral y Winckelmann entregándose al estudio y goce del arte clásico cuyos indicios estilísticos fue el primero en percibir. En uno y en otro caso, tanto el personaje ficticio como el real tienen como única herencia el talento, porque lo que llegarían a ser respectivamente se lo debieron a ellos mismos. Numerosos fueron los pensadores alemanes destinados a realizar la “Wilhelm Meister”; pero la más extraordinaria y que debía tener las más fuertes repercusiones fue la de Winckelmann, cuya vida real inspiró al poeta de Fráncfort. Los hitos de su paso por el mundo (1717-1768) están marcados por una infancia y una adolescencia penosas; dos empleos subalternos durante los primeros años de su juventud, la gloria a los 50 años y la muerte, en fin, a las manos alevosas de un codicioso italiano. Por primera vez desde la Reforma religiosa un sistema de pensamiento alemán iba a surgir y se expandiría por toda Europa poniendo punto final al barroco y al rococó.

La ciudad de Stendal, donde nació Winckelmann, ha pasado a la historia y es famosa hoy día, según estimamos, por dos acontecimientos fundamentales: primero por haber sido la cuna del esteta neoclasicista, quien aportó a la historia del arte griego de la antigüedad algunas tesis artísticas interpretativas

5 Véase Ludwig Curtius *et al.*, *Winckelmann, 1717-1768*, Bad Godesberg, Inter Nationes, 1968, p. 5.



que en su tiempo supusieron una verdadera revolución para la civilización europea; en segundo término porque esta provinciana ciudad hizo célebre el sobrenombre de un importante escritor francés, Marie Henry Bayle, que habiendo cruzado y recruzado la pequeña población durante las campañas napoleónicas, adoptó el nombre de la misma como pseudónimo literario, añadiéndole una hache: Stendhal. El autor grenoblense fue, en efecto, funcionario del ejército imperial y teniente de caballería durante la ocupación de Prusia, y hacia mediados de 1806 ocupó el cargo de intendente-ayudante de Braunschweig, de la que dependía jurisdiccionalmente la altmarqueña ciudad.

En un documento de puño y letra del padre de Winckelmann, que se custodia en una vitrina del actual Museo-Winckelmann de Stendal, leemos el registro familiar encabezado cristianamente con esta sentencia: *Soli Deo gloria*.

Año de 1686, 27 de marzo. Yo, Martín Winckelmann, venido a este mundo a las 10 horas de la noche, bajo el signo de Taurus, fui bautizado el día 30 en la iglesia de San Nicolás, en Brieg, Silesia. El nombre del Señor sea amado de todo corazón y sea eternamente alabado.

Año de 1705, martes de Carnaval. Después de haber terminado mi aprendizaje como zapatero, bajo la dirección de mi padre, H. Nicolás Winckelmann, maestro zapatero de Stendal, he entrado honradamente en asociación con él.

Año de 1707, en el día de San Juan y en compañía y con ayuda de Dios emprendí mi viaje y peregrinación (*Wanderschaft*), que tuvo felizmente buen fin en el año de 1710 después de San Juan.

Año de 1715, el día 25 de marzo, día de la Anunciación a María, yo con toda honorabilidad he pedido la mano y he quedado prometido con la virtuosa doncella Ana María Mayrin, hija del señor Joaquín Mayrin, tundidor, y de la joven señora Margarita Ebel, procreada por ambos honestos esposos.

Año de 1716, en la semana de San Bartolomé [3a. semana de agosto] he llegado a ser maestro zapatero en la guilda [corporación artesanal] de Stendal. El 27 de octubre me he casado con Ana María Mayrin. Dios nos conceda su abundante bendición en cuerpo y alma y nos dé después de la muerte la corona de la eterna felicidad. Amén.

Año de 1717, en el día de San Joaquín, que cayó este año el 9 de diciembre, entre las 6 y 7 de la mañana vino al mundo nuestro hijito Juan

Joaquín, y el día 12 de diciembre [en la iglesia de San Pedro, en Stendal], en el tercer domingo de Adviento, mediante el santo bautismo fue incorporado a la comunidad de Nuestro Señor Jesucristo. Fueron sus padrinos el pronotario Nicolás Wemicke, el maestro zapatero Jorge Mechau y la tablapera Ana Langen de Gewalt.

Junto a esta información familiar, típica y normal en aquellos tiempos en que no se acostumbraban todavía registros civiles, hay un extracto manuscrito de cuentas (Burgerrolle) en el que está asentado lo siguiente: “Martín Winckelmann, zapatero de 40 años de edad, conoce su oficio y vive solamente de él; es laborioso y tiene apenas suficientes ingresos; posee una casa y es padre de un niño de cinco años que va a la escuela”.

En 1723 el padre de Winckelmann, uno de los 59 zapateros de la villa, floreciente antaño, pero que debido a las crueles y destructoras guerras de religión había decaído mucho, sólo tenía 3 000 habitantes, ciudadanos mayormente pobres, pequeños artesanos que se disputaban la escasa clientela. La agricultura era la actividad complementaria y con ella podía a duras penas mantenerse la población.

El padre de Winckelmann, hombre enfermizo, epiléptico, difícilmente ganaba en su oficio para mantener a su familia, con lo que ésta vivía en la indigencia, llevando una existencia en extremo frugal y casi miserable. La humilde casa en que nació Winckelmann, hoy reformada y reconstruida para museo, era un simple cuarto con una estrecha puerta de entrada y dos pequeñas ventanas; la fachada y las cuatro paredes interiores eran de adobes y entramado, y el techo de paja muy inclinado en previsión de las nevadas. La hoy remodelada Casa-Museo se encuentra al oeste de la iglesia de San Pedro, en la calle llamada actualmente de Winckelmann, antigua del Lodo (Lehm).

La escuela general de primeras letras (*Trivialschule*) a la que concurrió el hijo de Martín el Zapatero se encontraba en un sótano del Convento Gris de los antiguos frailes franciscanos, y en ella aprendió el niño a leer y a escribir, a canturrear las tablas aritméticas y a pedir limosna como corista junto con otros condiscípulos tan pobres como él, en bautizos, casamientos, entierros y otras funciones religiosas. El sistema pedagógico imperante era el tradicional, verbalista, rígidamente autoritario, cruel y memorista. El joven escolapio destacó pronto del grupo de sus compañeros por su inteligencia, viveza, y pudo pasar sin mayor dificultad a la *Lateinschule* donde aprendió los

rudimentos del latín y del griego y pudo además ayudarse repasando clases a otros estudiantes y actuando como prefecto del coro escolar gracias al apoyo del viejo y casi ciego rector Tappert, que lo utilizaba además como lazarillo intelectual, como amanuense, lector y bibliotecario de la escuela.

Su padre, siguiendo la costumbre tradicional, intentó hacerlo zapatero, dado que cuatro generaciones abonaban la herencia artesanal de la familia y porque de acuerdo con el dicho y consenso del gremio, el maestro Martín, hombre piadoso, expresaba con orgullo que “el abuelo nunca trajo ceñida espada de caballero y para él sólo fueron estimados la lezna y el tirapié”. Pero como el joven no mostraba ninguna inclinación al oficio le permitió que continuara estudiando en la escuela latina con la condición de que se fuera formando como teólogo, con vista a la carrera eclesiástica. Winckelmann aceptó este compromiso y pasó al Kölnischen Gymnasium de Berlín donde completó sus estudios de teología y letras clásicas. Resulta en extremos significativo que Bakel, el rector del gimnasio, asentase en el libro de matrículas, al margen del nombre del estudiante inscrito, esta muy comentada caracterización: *homo vagus e inconstant* / hombre inestable e inseguro, que no se puede contar con él.

Durante un semestre recibió lecciones de un maestro excepcional, Chr. T. Damm, un “esprit fort” que interpretaba los milagros de la Biblia como meras alegorías y proponía en el terreno del arte la imitación de los griegos, porque fueron hombres claros e ingenuos, desprovistos de artificio y, además, naturales y brillantes, sin sutilezas expresivas. De aquí partió indudablemente la futura fórmula winckelmanniana de la imitación del arte supremo de los griegos, y asimismo en este punto se halla la clave de la antipatía casi patológica que siempre mostró el stendalense por los artistas y eruditos franceses. El hecho, por ejemplo, de que Perrault y Lamotte Hourdard sometiesen a la poesía homérica a las reglas estéticas cartesianas fue para él, apasionado lector del ciego aeda, un crimen imperdonable, una monstruosidad sin nombre. Pasó después a la Escuela de Salzwedel, en la ciudad de este mismo nombre, lugar amable y como él mismo calificó, *dignus amore locus*; ciudad impregnada además, como todo el sistema escolar alemán de entonces, de profunda emoción pietista y de estudios humanísticos excepcionales. Fue también estudiante de teología en la Universidad de Halle durante dos años (el bienio teológico). Obtuvo el diploma que lo titulaba como profesor, pero no la posibilidad de aspirar a las funciones específicas de pastor luterano. En su título

universitario la nota de *insuficiente* expresaba con claridad las limitaciones del graduado.

Halle, impregnada de piedad religiosa, de renovación espiritual con vista al despertar de la fe, fundamentada como en los franciscanos nominalistas ingleses de los siglos XIII y XIV, en el sentimiento y la emoción religiosos y no en el intento de alcanzar el conocimiento de Dios por la vía lógica, llegó a ser para Winckelmann una especie de doloroso viacrucis intelectual.

A pesar de las lecciones de Baumgarten, que dotó a la palabra estética con un nuevo significado (filosofía o ciencia de la belleza) e intentó averiguar lo que es bello, es decir perfecto en la esfera de la sensibilidad; pese incluso a las sapientes exposiciones de G. Sell sobre la historia del derecho y del derecho natural, y a sus brillantes análisis del *Corpus Juris Civilis*, así como a las luminosas lecturas del canciller Johann Peter Ludewig sobre derecho feudal, nuestro graduado, aunque logró penetrar al círculo socrático de Hagedorn no se mostraba a gusto en Halle; escéptico en sumo grado frente a todos los postulados metafísicos dejó la universidad y en su descontento la llamó “ciudad de ciegos” y se atrevió además a calificar las lecciones de Baumgarten de “elucubraciones huecas”, tanto o inclusive más que las exposiciones ontológicas, cosmológicas y psicológicas del maestro Christian Wolf, quien exigía pensar racionalmente para poder alcanzar un conocimiento claro.

Era costumbre en las universidades europeas de aquel entonces, saturadas todavía de tradición medieval, que antes de abandonar su *alma mater* escribiesen los graduados en el *Libro de recuerdos* una sentencia, opinión o simple transcripción. Winckelmann, inspirado en un epígrafe griego antiguo, borroneó lo siguiente: *Sin aplicación no hay ningún premio*. Al pie del epígrafe un breve texto latino se expresa así: “Mediante esta máxima, que procede de uno de aquellos muy famosos eruditos y antiguos hombres de mundología, se ha querido dejar constancia de la fidelidad a los amigos, apelando al recuerdo inolvidable del compañero Juan Joaquín Winckelmann, de Stendal, en la Antigua Marca”. Una mano desconocida añadió por su cuenta: “1743, vicerrector en Seehausen”.

La página del libro está fechada en “Halle, calend. Octbr. MDCCXXXVIII”.

En 1741, buscando mejorar su situación se matricula en la Universidad de Jena para estudiar física, medicina y matemáticas, no sólo porque es un espíritu inquieto e inquiridor, polimatiaco y pues expectante frente a toda ciencia, sino porque desea también procurarse un medio de vida más provechoso que

el de simple profesor. No descuida, empero, sus lecturas griegas y busca tiempo libre en su colmado horario para estudiar inglés, italiano y francés. Mas tampoco se acomoda en Jena; la universidad es descrita por él como un antro de asesinos (*Mördergrub*), pues las riñas, pleitos y escándalos estudiantiles se resolvían muchas veces en duelos cuyas consecuencias eran la muerte, mutilaciones o cicatrices deformadoras en el rostro.

El primer empleo serio de Winckelmann fue como preceptor de los hijos de una familia burguesa honorable, los Grollman, con residencia en Osterburgo, a tres millas de Stendal. La señora de la casa había enviudado y era todavía una mujer atractiva, educada y cultísima, que además de aceptar en su residencia al nuevo profesor, pagaba ya los servicios educativos de un preceptor francés. Conocía la señora de literatura y lenguas europeas modernas (francesa, inglesa e italiana) y sin ser una engreída latinoparlante traducía griego y latín. Para Winckelmann fue toda una revelación, un deslumbramiento; por primera vez se dio cuenta de su tosquedad y barbarie y fue dolorosamente consciente de cuán alejado y extraño era para él aquel mundo de distinción provinciana, de finura y delicadeza social y espiritual. Era su primer paso en un nuevo entorno, en una sociedad saturada de cultura francesa, en la cual expresarse en francés era no sólo de buen tono sino segura señal de distinción y refinamiento. Además de estos adornos intelectuales, la señora Grollman era ante todo una mujer de su casa, una dama que admiraba además a Racine y leía textos de historia y teología. Aceptaba las ideas estéticas de Baumgarten, rechazaba la filosofía ilustrada de Wolf y desdeñaba las mónadas y la armonía preestablecida de Leibniz, y por si todavía fuese poco, amaba la danza, el ballet italiano que junto con la ópera representaban el sumo deleite y la suprema elegancia de aquella sin igual centuria dieciochesca.

Deja el inconstante Winckelmann su empleo con la señora Grollman y de nuevo queda sin trabajo; busca con ahínco algo con que poder subsistir y se compromete en casa de un acomodado burgués de la ciudad de Hadmersleben, cerca de Halberstadt (1742), en calidad de profesor particular.

En 1743 se encuentra casualmente con su condiscípulo de Halle, Federico Eberhard Boysen, que había sido nombrado pastor de la iglesia de San Juan, en Magdeburgo, y éste le propone cubrir la vacante de vicedirector en la escuela latina o de estudios medios de Seehausen, con sueldo de 120 táleros al mes. El puesto exigía del presunto concursante que impartiera clases y que

fuera además predicador, organista y cantor. El 8 de abril presentó la prueba de admisión consistente en una disertación teológica sobre el dogma de la redención: “Si la imagen de Dios fue innata en el primer hombre o si fue un bien natural añadido a éste por Dios”; pasado este examen de oposición se le exigió una segunda plática libre sobre las ideas, y por último tres rigurosas pruebas en tres lenguas: griego, latín y hebreo. Salió airoso y dio comienzo a su calvario magisterial, a la etapa oscura y dolorosa de profesor dócil y humillado, en constante lucha contra el tirano director y contra el obispo luterano (superintendente y celoso inspector), quien desesperaba del novel maestro porque se dedicaba los domingos a leer su Homero en lugar de atender al sermón del ilustre eclesiástico, doctor en teología, Valentín Sahnakenburg. Fue advertido y censurado Winckelmann por semejante desdeñosa conducta y si sumamos a esto los conflictos con los alumnos, la indisciplina escolar y hasta una que otra provocada rebelión, resulta comprensible que la vida en Seehausen le fuese amarga. Su actividad y entusiasmo iniciales de pedagogo nato se fueron apagando y transformándose en deberes rutinarios desalentadores. Para mayor pena su madre muere en 1747 y su padre tres años después. Hasta 1748 estuvo el desesperado profesor en aquel infierno y avispero de colegas envidiosos y pedantes, intrigantes e hipócritas. Su juventud, como él mismo lo lamenta con dolor, transcurrió miserablemente y su trabajo duro y triste dejaría en su alma heridas espirituales que nunca cicatrizarían del todo. Más aún, recuerda en una de sus cartas (1763) que se estremece y se le eriza la piel cuando piensa en el despotismo prusiano; despotismo cuartelero que también sufrirían Schiller, Herder y otros preclaros talentos germanos.

Winckelmann se encontraba en un callejón sin salida: o se consumía entre jóvenes rebeldes y colegas resentidos, cediendo así por fuerza su espíritu animoso y ávido de superación, o se abandonaba abatido a la lisonja abyecta y, pues, al aniquilamiento de su latente personalidad, de su tenaz e impetuoso temperamento. ¿De dónde sacó fuerzas para escalar y superar la montaña de obstáculos y prejuicios que le impedían destacar sobre el estéril nivel medio de erudito profesor alemán de su tiempo, el típico “Brotgelehrte” o ganapán, como lo caracterizó posteriormente el rebelde Federico Schiller?⁶ Un rasgo de esta sorprendente personalidad es que “la miseria de sus jóvenes

6 En su discurso académico (noviembre de 1789) en la Universidad de Jena: “¿A qué se llama y con qué fin se estudia la historia universal?”.

años no haya roto su impulso intelectual”, no haya tronchado en flor sus aspiraciones. Sin embargo, una pista puede llevarnos a desentrañar el hecho; un pensamiento de su admirado Homero, leído y releído reiteradamente en la *Iliada* llegó a ser el *leitmotiv* de su vida: “ser siempre mejor y superior a los otros”.⁷ Todavía más, recordando el pasaje en que el cantor Phemios demanda a Odiseo (al retorno de éste de Ítaca) las razones del feliz término de sus azarosas y peligrosas aventuras; Ulises le responde: “yo he sido mi propio guía o maestro” *αὐτοδίδακτος δ' εἰμι*.⁸ Como dijimos tomándolo de Curtius, la única herencia de Winckelmann fue, en efecto, su talento y todo lo que logró alcanzar posteriormente se lo debió a él mismo, a su inquebrantable tenacidad y fiducia luteranas.

Lo único cierto es que vio parpadear a lo lejos en la oscuridad de su incierto futuro de soledad, de miseria y de rutina la misma tenue luz esperanzadora que aparece y desaparece de improviso ante los extraviados en el bosque misterioso de los cuentos infantiles.

Última ancla o áncora de esperanza

La posibilidad de ocupar el cargo de segundo bibliotecario en la biblioteca del conde Heinrich von Büнау, en Noethnitz, fue luz orientadora, y le escribió al poderoso aristócrata una carta solicitando el empleo. El conde aceptó concederle el trabajo demandado y Winckelmann pudo por primera vez en su vida liberarse de la servidumbre de Seehausen poniéndose al servicio de Büнау, quien a la sazón escribía la historia del Sacro Imperio Germánico. No obstante el duro trabajo y el no muy generoso estipendio, amén de comida y alojamiento, comenzó a sentirse un tanto independiente, a disponer de sí mismo en su tiempo libre, dedicándolo a gozar de la meditada lectura de sus clásicos y a estudiar obras consagradas en la gran biblioteca condal, una de las más ricas de la Alemania del siglo XVIII. En los días de asueto tuvo la oportunidad de ir a la cercana Dresde, la capital sajona, donde la corte ilustrada del duque Augusto II mantenía aún viva la antorcha del barroco.⁹ Pero el alucinado

⁷ *Αἰὲν ἀριστεύειν καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων.*

⁸ Esta y la anterior cita griega en Horet Rudiger, “Der Charakter Winckelmanns”, en Curtius, *Winckelmann...*, p. 26.

⁹ Augusto II, 1696-1763, rey de Sajonia y elegido posteriormente (5 de octubre de 1735) rey de Polonia como Augusto III.

visitante no tenía ojos para admirar y menos para gozar de este atractivo y coruscante estilo artístico. Admiró, eso sí, en la rica pinacoteca ducal un gran cuadro de Rafael, la *Virgen de san Sixto*, joya del conjunto, que había sido adquirida hacía poco, procedente de Plasencia, Italia. La mayestática serenidad, dulzura y belleza de las madonas rafaelianas fue una evocación o goce anticipado para Winckelmann de la estatuaria clásica, pero la obra suprema de finales del barroco italiano levantada en suelo alemán, la iglesia Real o de la Corte (*Hofkirche*) del arquitecto romano Gaetano Chiaveri se estaba construyendo, podemos afirmar, bajo los ojos indiferentes de nuestro esteta. Tampoco el rococó *Pabellón* y ala lateral del *Zwinger*, obra de Matheus Daniel Pöppelmann (1715) le causó mucha impresión; y si tuvo alguna, de seguro fue de disgusto.

El libre acceso a la biblioteca de Bünau y la excelente y fraternal amistad contraída con el primer bibliotecario, Francke, tan deseada y enriquecedora para Winckelmann, le produjeron una felicidad que nunca antes había experimentado. Por otra parte su trato con el conde, relación desprovista de estiramientos inútiles, lejos de traslucir la subordinación expresa o latente, típica en el comportamiento de los nobles hacia el estado llano, muestra por lo contrario una mutua comprensión y respeto. Goethe al comentar el caso hace notar que tal llaneza o muestra de aprecio para con los subordinados “va encaminada a que éstos se acuerden siempre de sus superiores y de cuanto les deben”.¹⁰ Se trataba de la “oriental relación del señor con el criado” que Winckelmann parecía no percibir. Conviene recordar aquí lo que irónicamente nos cuenta Alfonso Reyes respecto de esto: Goethe aceptó el nombramiento de consejero privado en el ducado de Weimar y se reservó su libertad; es decir el derecho de retirarse del empleo cuando lo juzgara pertinente; como asienta nuestro crítico, el gran escritor alemán permaneció con el sentimiento de que su servidumbre era voluntaria y esto lo mantenía tranquilo.¹¹

El trabajo de Winckelmann con Bünau era excesivo, como hemos dicho, y la paga corta pese a sus méritos, los que bien pronto el conde imperial pudo sopesar. Como comenta cáusticamente Goethe, refiriéndose al aristocrático

¹⁰ Goethe, “Estudio crítico”, p. 52.

¹¹ Alfonso Reyes, *Trayectoria de Goethe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954 (Breviarios, 100), p. 32.

historiador, bien podría éste haber dejado de comprar un par de libros raros para permitir a su ilustrado ayudante realizar el sueño de su vida, ir a Roma provisto con algo más sustancioso y efectivo que el mero saber.

En la biblioteca del conde, así como en las dos de Dresde, Winckelmann conoció el mundo apostólico Archinto, que quedó muy bien impresionado de la erudición y los conocimientos lingüísticos que mostraba en sus conversaciones el empleado del conde. Winckelmann le reveló sus sueños estéticos nacidos en Halle y confirmados en sus reiteradas visitas a la Galería y colecciones artísticas de la corte dresdeniana. El nuncio avivó el entusiasmo del esteta y le presentó la posibilidad de conocer Roma, mundo del arte, y de ser inclusive sostenido por la sede pontificia siempre que estuviese dispuesto a abjurar del luteranismo y a reconciliarse con la Iglesia católica.

De acuerdo con Justi la conversión de Winckelmann fue una comedieta de embaucamiento. No sólo Archinto sino todos los que concurrían a la biblioteca de Bünau alababan intencionalmente la magnificencia de Roma y los tesoros artísticos que en ella se hallaban, contribuyendo así con estos comentarios a inclinar al presunto converso y viajero a una mudanza exterior, cuyo premio sería su visita a la ciudad papal. Es invitado por el nuncio a comer y de sobremesa se platica de las ventajas que ofrecía la capital, así como de la libertad, desenvoltura y reputación de que gozaban en ella los auténticos sabios. Conociendo el nuncio el ardiente deseo de Winckelmann por conocer la monumental Roma, le expresa francamente que ello sería factible, pero que sin cambio de religión su propósito sería imposible de alcanzar. Entre Archinto y el confesor jesuita padre Rauch, los escrúpulos de conciencia van desapareciendo uno tras otro y la aceptación de la religión católica, según lo piensa Justi, sólo resultaría una simple ceremonia. Sin embargo, esta explicación hace cómplice a Winckelmann de la comedieta de engaño urdida por el nuncio. Ciertamente los intereses juegan, según parece, la parte esencial en los dos principales personajes; pero es el caso que, en efecto, el alemán no quería morir sin visitar Roma “*quovis modo, modo salva conscientia et religione* (de cualquier modo, con tal de que fuese con sana conciencia y religión). Porque por encima de todo, y este fue su principal compromiso, se mostró celosísimo tocante a su libertad de conciencia. De acuerdo con Justi, la conversión no tuvo nada que ver con el catolicismo e incluso el gran tolerante que fue Goethe vio en el lapso, en su pleno significado teológico, que tenía más de recaída astuta que de drama trágico.

Nosotros diferimos de la cómoda explicación sobre el tránsito espiritual de Winckelmann, que atribuye éste al solo interés de un hombre pleno de aspiraciones; pero impedido por infinidad de trabas sociales a emprender el vuelo liberador al que su excepcional talento lo impulsaba. En tal situación la posibilidad de alcanzar Roma, su máximo desiderátum, mediante el cambio de religión, de acuerdo con la interpretación señalada, viene a ser una muy simple y convenenciera solución: una nueva y parodiante explicación histórica. Considerándolo así, bien podría Winckelmann, recordando la famosa expresión francesa, haber dicho, Roma, bien vale una misa; mas si analizamos el grave y trágico problema del tránsito espiritual del luteranismo al catolicismo debemos desechar la solución oportunista y utilitaria y hasta cínica, pues se trata de un momento histórico de extremada intensidad que vive el pueblo germánico apelando a la elevación pietista del alma, a la nueva religiosidad protestante fundada casi exclusivamente en *theologia cordis* y no en *theologia rationis*; nuevo acercamiento a Dios por la vía del sentimiento más que por el de la razón. He aquí por qué estimamos que es posible explicar así en esta época de cambio y transmutaciones los grandes acontecimientos anímicos que sacuden al mundo germánico-protestante. En algunos espíritus exclusivamente religiosos la conversión sólo busca la paz interior; en otros, que son los más, la actitud inicialmente religiosa sólo sirve para afirmar valores profanos, como hemos visto: la amistad, el amor, la sociedad, el patriotismo, etcétera, y en Winckelmann se resuelve en actitud estética. Libertad y amistad constituyen además los dos focos de su vivir en el mundo.

Esto no quita que haya habido casos de descamado pragmatismo político. Por ejemplo, en la propia corte sajona Augusto el Fuerte, padre del príncipe elector, se había hecho católico en 1697 por razones de *estado* a fin de obtener la corona de Polonia o, si se quiere, por razones de establo, como ironizaba Baltasar Gracián: aplicación práctica *démodé*, pero todavía actuante de la paz religiosa de Augsburgo (1555): *cuius rex [vel regio], eius religio*. Y aquí sí podría cínicamente aplicarse el contenido total de la frase famosa atribuida a Enrique IV de Francia.

Todavía más, los cambios y conversiones religiosas estaban a la orden del día, como puede comprobarse con los eruditos filólogos Holste, Kuster y D'Orville, quienes abrazaron el catolicismo porque tal vez encontraron en este credo mayor libertad, comprensión y comodidad para publicar sus suideos

vocabularios, léxicos y antologías escatológicas que eran aceptadas y dadas a la luz casi con indiferencia incluso en las prensas romanas.

Tres años antes de que Winckelmann decidiera su conversión, el benedictino Franz Rothfischer se convirtió al luteranismo y obtuvo en seguida el empleo de profesor en la Universidad de Helmstadt. Este cambio sería también un caso más de utilitarismo mediante el cual el trueque del hábito por la toga y birrete universitarios resultaba, sin duda, más productivo. No obstante, considerando en este caso la Roma licenciosa y semipaganizante gobernada por Benedicto XIV, Próspero Lambertini, donde humanismo, religión y relajamiento moral convivían contuberniosamente, nada tiene de extraño que el monje Franz, hombre nórdico, despertase de su letargo contemplativo, y sacudido por el vendaval pietista se transformase en la criatura nueva, de cuyo corazón-manantial de la fe viva pudo brotar la auténtica experiencia religiosa, el reencuentro con Dios.

También Winckelmann como el hermano Franz se sintió sacudido por una renovada fuerza espiritual (*Geisteskraft*) que lo elevaba e impulsaba al cambio; pero en su caso en una dirección inversa a la del benedictino. Éste, en la calma de la oración vía pietista, libera su conciencia para sentirse luteranamente elegido, predestinado, confiado en una auténtica vocación (*Beruf*), Winckelmann experimenta una crisis moral honda y angustiosa, la imposibilidad de reencontrar a Dios en la calma de la oración, y tuvo que evolucionar interiormente para hallar una salida, una salvación, una nueva fe vivificadora en la veneración de un objeto profano, la belleza del arte antiguo, a la que debe él liberar no sólo del ocultamiento inmoral que el barroco y el rococó le habían impreso, sino también de la versión romana de la tradición griega, rechazando la falsa unidad de la antigüedad grecorromana tan cara a la erudición antiquitante del siglo XVIII. De aquí surgirá la famosa fórmula develadora: *la noble simplicidad y serena grandeza* de la escultura griega clásica, que viene a ser su declaración de fe estética, su manifiesto neoclásico. Una actitud inicialmente religiosa (pietista) se resuelve en Winckelmann en categorías estéticas. Como escribe con gran precisión y justicia Horst Rudiger, la vida del esteta estuvo regida por una norma que es la fuerza que imprime a su personalidad su forma interior y que consiste en el irrefrenable deseo, ya descrito, de elevarse por encima del nivel común, de la vulgaridad, que se ejerce lo mismo en el plano estético que en el social. Esta ley de la elevación (*Aufwärts*) es la que imprime en el plano segundo la inquebrantable voluntad de llevar

la existencia independiente de un hombre erudito; de aquí que actuara con cierta audacia “porque es de lo que carecen los hombres de mi clase”, como él expresa. En el plano político lo vemos opuesto a la fórmula del despotismo ilustrado, se muestra partidario del ideal republicano de independencia, que él no ve realizado en ningún país europeo, salvo –en el pasado– en la antigua polis griega y en el presente en la Suiza burguesa, tierra donde prosperan “la honestidad y la libertad” y en donde viven sus amigos los Füssly. Porque Winckelmann fue una especie de burgués o liberal intelectual *avant la lettre* anterior en unos cuantos años únicamente a la generación alemana de simpatizantes teóricos de la Revolución Francesa (Goethe, Schiller, Klopstock, Wieland, Kant, Hegel, Goerres, Genz, etcétera) que aplaudió entusiasta el cañoneo de Valmy (1792), el cual anunciaba una nueva época del mundo, la desaparición del *ancien régime*: “guerra a los palacios, paz en las cabañas”, como reza en la convocatoria de la Convención del 19 de noviembre de 1792.

Si se leen con cuidado sus cartas y entre ellas se pone especial atención a la que escribe a su amigo Berendis (6 de enero de 1755) nos encontramos con un documento personal en el que manifiesta la interioridad de un hombre del tercer estado, de un hombre moderno: justificación, solicitud y ansia indomeñable, repitamos, de elevación, con lo que expresa su afán por distinguirse, su decisión a utilizar toda su fuerza hasta alcanzar la cota más elevada.

Todos los caminos conducen a Roma

Alguna vez el filósofo Santallana escribió que los hombres nórdicos, bárbaros y protestantes, nunca pudieron aceptar y ni siquiera entrever que el mundo latino-católico representa no sólo la conciliación sino la convivencia del espíritu sensual pagano-clásico y al mismo tiempo la renuncia al mundo mediante la adopción suprema de la piedad religiosa. Ahora bien, estimamos que fue Winckelmann uno de los primeros hombres del septentrión europeo que logró no únicamente entender sino fundir mediante la elevación de su espíritu la idea clásica de la belleza, ínsita en la estatuaria griega, con un profundo sentimiento religioso que estaba más cerca del catolicismo que del protestantismo. Inclusive en algunas de sus cartas toma como motivo de sus bromas su inicial desequilibrio anímico entre la tradición católica y la grecolatina; entre Eusebia por un lado y las musas por el otro. De esta forma fue Winckelmann el primer gran alemán clásico; el segundo sería Goethe, que tanta inspiración debió al

stendalense, como hemos apuntado, y no sólo en el terreno de la estética, sino en el de la literatura, pues sin Winckelmann no es posible aquilatar la vida y la formación poética que le permitió escribir la *Ifigenia*. También Schiller, poeta e historiador, confiesa por su lado que mediante la lectura de Winckelmann pudo liberarse de Kant, y reconocer el influjo del esteta en muchos de sus escritos; por ejemplo en los ensayos “Uber Anmut und Würde” (“Sobre la gracia y la dignidad”) y “Gotter Griechenlands” (“Dioses de Grecia”). Refiriéndose también Herder al estilo literario de Winckelmann lo calificó de pindárico, y en efecto mucho de verdad expresaba el crítico supuesto que sería inconcebible el estilo apolíneo y purificado de Hölderlin sin la prosa poética del stendalense, la cual se eleva a lo más excelso para expresar la esencia del arte.

Víctima irremediable del *Wanderlust* germánico, es a saber del irrefrenable afán de viajar, de desplazarse, vemos a Winckelmann asentado ya en Dresde, la “Nueva Atenas” para los artistas, disfrutando de una auténtica libertad de creación así como de un alentador trato con sabios artistas. Pronto se puso en contacto con éstos y con los intelectuales que vivían a la sombra del mecenazgo real y de la aristocracia de la corte en tanto que clientela de las grandes casas. El año de 1754 fue decisivo en su vida pues le permitió elegir un derrotero que lo llevaría al éxito, a la felicidad tan porfiadamente perseguida, así como a la fama, cuando conoció por vez primera los pasos que debía dar en el camino de su verdadera vocación. En la capital sajona pronto se acomodó dentro de un distinguido círculo de artistas cuyo núcleo director dominante estaba constituido por Oeser, pintor y escultor, y enemigo jurado del barroco; por Permoser, Belloto, Silvestre, Lippert, Dinglinger, Köndler, Nossen y eventualmente Mengs, quienes le abrieron un mundo de formas, perspectivas y colores como no existía otro en toda Alemania. En medio de este torbellino de artistas y diletantes fue presa de una casi deliciosa embriaguez que alcanzó su punto culminante cuando pudo contemplar algunas estatuas antiguas y por primera vez un vaciado en yeso del Laocoonte. Tomó lecciones de pintura con Oeser pero le faltaban las manos de pintor, como él mismo expresa, y entonces dirigió su atención a la historia y crítica del arte; más haciéndolo desde una nueva perspectiva, desentendiéndose del anecdotario de los artistas, de la mera enumeración de sus obras y de las referencias sobre ellas realizadas por los comentaristas antiguos y coetáneos. Por mediación del médico de la corte sajona, Bianconi, fue presentado al Príncipe Elector y a la espiritual princesa María Antonia, que escribía delicados versos en toscano y

componía óperas, bailetes y oratorios que eran ejecutados por cantores, actores y bailarines italianos.

Winckelmann fue además uno de los primeros en enlazar dos nociones que desde la época clásica estaban separadas; la del arte y la de lo bello como objetos de una investigación. Fruto de sus estudios y observaciones, unido todo ello a los juicios estéticos de valor recibidos con las lecciones prácticas de Oeser, fue descubrir una nueva manera de ver y de interpretar el arte de los griegos, de donde surgiría la trilogía acerca de las *Ideas (Gedanken)* sobre la imitación de las obras griegas en pintura y escultura. Publicó esta obra a sus costas y la dedicó, por consejo de Bianconi, al Príncipe Elector y también rey de Polonia, Augusto III. Con esta obra Winckelmann inventaba y renovaba un nuevo vocabulario estético. El éxito de la publicación fue extraordinario y de la noche a la mañana toda Alemania fue consciente de la presencia de una cabeza pensante excepcional que mediante la trilogía no sólo renovaba sino discurría un vocabulario estético que revolucionaría audazmente las ideas tradicionales sobre el arte y declaraba inoperantes las inútiles discusiones sobre la superioridad normativa del arte moderno sobre el antiguo. En los tres opúsculos de 1756 se encontraban ya en embrión, como escribe Herder, las ideas que Winckelmann desarrollaría después en la *Historia del arte de la antigüedad*, en los *Monumentos inéditos*, así como en algunos otros ensayos y publicaciones menores. Dos años antes había dado el paso trascendental de su vida, su conversión.

El triunfo de Winckelmann fue absoluto y gracias a este éxito se le fueron perfilando y afirmando las posibilidades de ir a Roma pensionado por el rey. Después de tantas miserias, de tantas humillaciones e inhibiciones se erguía victorioso en su lucha a brazo partido contra un mundo hostil y vejatorio.

Romam adii

Ya está en Roma un hombre ilusionado, con cierta confianza en sí mismo; pero no sin una reserva de recelo puesto que sólo lleva consigo por capital espiritual su entusiasmo, que su experiencia vital pesimista atenúa. Lleva asimismo sus modestos ahorros y la pensión real; ofrecimientos muchos, pero aún intangibles. Dijo adiós a Dresde un miércoles 24 de septiembre de 1755 y emprendió la marcha ya no a pie como acostumbraba hacerlo en sus correrías por Alemania, cuando su escarcela flaqueaba como era sólito, sino en diligencia cruzando por Eger, Anberg, Regenburgo hasta Neuburgo acompañado por un joven jesuita, moles-

tía compensada porque gracias a este compañero pudo alojarse y tomar refrigerios en los colegios e iglesias de la Compañía. El 6 de octubre se encuentra en Augsburgo, a orillas del Danubio, y pudo admirar sin duda el famoso puente que cruza el río. Tras unos cuantos días de descanso en esta ciudad sale para Roma, pero como el viaje costaba 30 ducados decide enviar a Venecia con anticipación su equipaje por 20 *gulden* (florines). Sumándose a un alegre grupo emprendió la marcha hacia Venecia vía Innsbruck, Hall, Brixen, Bozen, Trento, Salerno y Mestre. El tránsito por el Tirol y el paisaje montañoso le causaron gran placer, según adelantamos, sin embargo no ocurrió lo mismo cuando cruzó la frontera italiana y se topó con el mundo humano latino, pobre y sucio. Venecia no le agradó; mas el camino a Bolonia y la propia ciudad le produjeron una favorable impresión. Se alojó cinco días en esta ciudad en la casa del hermano de Ludovico Bianconi. Éste había escrito a su hermano Juan solicitándole que atendiese al viajero: te lo recomiendo en todo y para todo, viene a decirle:

y que lo ayudes en lo que puedas; deseo que lo alojes en nuestra casa porque es mi amigo y además porque se trata de una muy sapiente persona; en verdad un gran helenista a quien el rey ha pensionado y enviado a Roma. Mas no le hagas muchos cumplidos, porque es un pobre mozo recién convertido al catolicismo y *egli é un buon galantuomo da bosco e da riviera*, para el cual cualquier cosa es más que suficiente. Me ha acompañado frecuentemente a Essen y no le he hecho objeto de muchas atenciones salvo las imprescindibles. Muéstrale los cuadros, las bibliotecas, especialmente la del señor Salvatore, llévalo al Instituto y preséntalo a los sabios.¹²

Ignoramos cómo fue recibido Winckelmann en la casa de los Bianconi, ni qué pensaron la madre y hermana de éstos ante la presencia de aquel tousco alemán mal vestido y socialmente poco cepillado. Que sepamos él no se quejó de su estadía en Bolonia, lo que cuenta a cargo de la finura y delicado disimulo de una familia italiana bien nacida.

Desde Bolonia sale hacia Roma, vía Ancona y Loreto, llega a la “Capital del Mundo” y penetra en ella traspasando la llamada Puerta del Pueblo, trazada por Miguel Ángel y terminada por Bernini cien años antes del arribo de

12 Carl Justi, *Winckelmann und seine Zeitgenossen*, 5a. edición, 3 v., Köln, In Phaidon Verlag, 1956, v. I, p. 359 y s.

nuestro viajero. Su primer contacto lo lleva a cabo con su paisano el pintor Mengs y gracias a éste se le abren las puertas del refinado mundo artístico y crítico romano. Se acerca al nuncio Alberigo, conde Archinto, que tanto le había prometido y poco cumplido, quien al presente era gobernador de la ciudad, y éste le proporciona un puesto modesto en su biblioteca privada y alojamiento gratuito en el Palacio de la Cancillería. Más provecho obtuvo con el muy erudito cardenal Passionei, bibliotecario oficial de la Vaticana y secretario de Breves, que despachaba en el Palacio de la Consulta, en el Quirinal, quien le dio un empleo de más mérito y mejor remunerado, así como medios y tiempo sobre todo para madurar y realizar sus soñados proyectos. Entre la ronda de cardenales cuya amistad cultivó debemos añadir tres más: Rezzonico –que sería elegido papa, Clemente XIII, en 1758–, Spinelli y Albani, todos ellos, cosa curiosa, enemigos de la Compañía de Jesús.

Winckelmann presagia la tormenta que no tardaría mucho en estallar en los estados borbónicos (España, Portugal, Francia, Sicilia-Nápoles) y culminaría en la propia Roma con la disolución de la orden jesuita (1773). Anticlericalismo y mundología ilustradas estaban incluso de moda en el Estado Vaticano y formaban parte del esnobismo de la alta sociedad romana, esnobismo que en más de un caso se trocaría peligrosamente en escepticismo. En este clima de tolerancia excesiva rayana en la disolución de carnaval y bufonería que imperó durante el largo periodo en que Benedicto XIV ocupó la sede de San Pedro, y en el de hostilidad que siguió contra el poder jesuita pese a Clemente XIII, Winckelmann se las arregló para vivir en paz y libertad en “el país del amor entre los hombres”, en “el país de la humanidad”, como él mismo dejó asentado en una de sus cartas, mudando paulatinamente su zafia vida prusiana en refinamiento y civilidad romanas. Aprende un nuevo vivir y observa atentamente su entorno y la marcha de los acontecimientos. Por ello pese a, o mejor, justo por sus relaciones y trabajos, el ya sutil abate vaticanense predice la desaparición del Estado papal y de la Iglesia: en lo primero acertó a medias, pues el poder temporal del papa fue reducido estrictamente al territorio vaticano; en lo segundo erró. “La machina amico”, escribe, “va in rovina; io parlo di quella dei preti; in cinquanta anni serà forse ne papa ne prete”.¹³

13 La máquina amigo se disloca, me refiero a la de los sacerdotes; en cincuenta años tal vez ya no habrá papa ni curas.

Transfiguración

El éxito sonrío a Winckelmann, su presencia se hace imprescindible en la corte pontificia y se realiza en él, transfigurándolo, su sueño de felicidad y elevación que siempre había acariciado: *superavi te, fortuna*. Viste ya con la sutil elegancia de auténtico abate dieciochesco, lleva espadín al costado y se le distingue como *antiquario nobile y primus inter pares*. En Nápoles el rey Fernando IV al dirigirle la palabra le otorga el tratamiento de *baronne sassone*, lo que no lo ensoberbece, sino que lo llena de satisfacción. Aristócratas y burghueses acuden a Italia cumpliendo con la *erudita peregrinatio* y buscan afanosamente al crítico alemán para que los enseñe a ver con nuevos ojos la belleza ideal del arte antiguo; para que los guíe por la anárquica y escandalosa Roma y los lleve consigo en viajes de exploración arqueológica por las recién descubiertas ciudades de Pompeya y Herculano.

Recibe a los jóvenes príncipes y los instruye en el conocimiento y sentimiento del arte clásico; y lo lleva a cabo con el entusiasta y enternecedor eros pedagógico que sólo poseen los verdaderos educadores. Para él esta noble relación intelectual constituía una escuela de contento. Su caso no es el del antiguo pedagogo griego, sirviente cuando no esclavo filósofo, sino el de un orgulloso maestro aristócrata del saber que vive y hace vivir, que piensa y hace pensar mediante su talento. El deber que se autoimpone es ciertamente darse por entero a todos los que a él se acercan con deseos de aprehender la esencia del arte de la Antigüedad; pero no lo es el andar en torno a nadie solicitando dádivas y sonrisas. Es preceptor y cicerone por vocación; mas sólo ejerce cuando quiere y por su propio gusto. Lo mismo puede intimar con un adolescente aristócrata que le agrada, que se niega decididamente a acompañar a otro que no ha tomado en cuenta una recomendación suya para un viejo y necesitado amigo; igual compite en carreras campestres con un *blue boy* de alto rango que califica de *bête*, llegado el caso, a un futuro rey, o se jacta de no hacer antesalas dilatadas para ser recibido por la reina de Nápoles. Llegada la ocasión no lo arredra expresar ante el propio Príncipe Elector la falsedad arquitectónica de una construcción rococó ordenada por el soberano para un pabellón de caza.

Los cardenales amigos de Winckelmann lo ayudan a emplearse más que decorosamente; pero conforme progresa va realizando paso a paso sus planes de liberación absoluta al margen del poder papal y del cesáreo. Deja la Vaticana pero convive con el cardenal Albani que ejerce sobre él la autoridad

paternalista de un gran señor comprensivo y consecuente. Esto podría entenderse como una autoviolación de sus orgullosos principios de independencia absoluta; mas él tiene el sentimiento, como años más tarde, según dijimos, lo tendrá Goethe, de que su servidumbre es voluntaria y por lo mismo se siente tranquilo y a gusto con ella. Sin embargo hay que subrayar esta importante diferencia: Winckelmann no tuvo un señor tan burdo como lo tuvo en Weimar el laureado escritor, pues el duque sólo estaba interesado en mujeres, en sus caballos, en sus perros y en su liliputiense ejército de coraceros, del cual el rey Federico II de Prusia lo había nombrado coronel-jefe.

Como se ha señalado, la rudeza y la tosquedad germanas van desapareciendo en Roma a medida que Winckelmann incrementa el trato urbano con cardenales, príncipes y princesas de finos modales, refinada educación y exquisita plática. Todos los círculos intelectuales de Roma lo solicitan e incluso el papa Clemente XIII le confiere el supremo honor de que comparezca ante él y lea un capítulo de la obra que estaba escribiendo sobre los monumentos inéditos romanos;¹⁴ honor que sólo era acordado a los verdaderos sabios de los que no escaseaba la inmortal ciudad. “Soy el hombre más solicitado de Roma”, y así era en efecto. Uno tras otro van apareciendo sus estudios sobre el arte; toda la Europa culta está pendiente de las obras que salen de su pluma: la *Historia del arte*, los *Monumentos inéditos*, los ensayos sobre las cuatro estatuas del Belvedere (*El Apolo*, *el Laocoonte*, *el Torso* y *el Antinoo*), los tratados sobre la Gracia y la Alegoría, amén de las *Observaciones* sobre la arquitectura de los antiguos y la descripción de las gemas, camafeos, ectipos y entalles de la colección del barón Stosch. Se acrecienta la fama de Winckelmann y sus trabajos lo convierten en el primer gran historiador del arte antiguo.

El legado estético, en parte todavía valioso por lo que significó además en su tiempo de apertura y novedad, es resumido por el especialista Gerhard Richter en ocho puntos:

1. El relativo a la exposición interpretativa del arte griego.
2. El que se refiere a la necesidad de tomar la Edad Antigua como modelo.
3. El que declara como ideal de belleza la escultura antigua griega.

14 “La muerte de Agamenón”, en *Opere di G. G. Winckelmann*, 12 v., con atlas artístico, Prato, Fratelli Giachetti, MDCCCXXX; véase el primer apartado de la sección “Miscelánea” (II).

4. El que establece como canon el bello contorno que caracteriza a la estatuaria griega.
5. El que destaca los valores estéticos de la pleguería en la mayor parte de las esculturas.
6. El que alude a la “noble simplicidad y serena grandeza” en la expresión y postura de las estatuas griegas.
7. El que se ocupa en fijar la importancia de las pinturas al fresco de los griegos.
8. Y el que menciona como finalidad de la pintura clásica la utilización de la alegoría.¹⁵

Winckelmann se convertía así, por sus propios méritos, en el fundador de la moderna ciencia de la Antigüedad y en el primer científico en la ciencia alemana del arte. Más aún, su producción literaria inaugura además la historiografía alemana, la arqueología, la historia crítico-artística y la pedagogía estética y ética inspirada en el idealismo platónico.

La noción de estilo, según Ludwig Curtius, fue introducida en Alemania por Winckelmann, el cual estableció las bases para la comprensión de las relaciones históricas en el arte. La clasificación de los estilos es particularmente emocionante porque está fundamentada sobre una nostalgia y una intuición, antes bien que sobre conocimientos verdaderos.¹⁶ Por otra parte el término estilo, hay que aclarar, fue usado hacia mediados del siglo XVIII solamente en poética y en retórica, y debemos a Winckelmann la confirmación del empleo del término en la teoría del arte plástico, como puede comprobarse en sus *Ideas (Gedanken)*.

Winckelmann establece una gradación estilística que se expresa en términos de elevación ya literaria, ya plástica. Pasa del estilo *elevado* al *más elevado* y culmina con el estilo sublime e incluso el *noble o pindárico*; son conceptualizaciones que él ha creado y que no ha extraído de los libros de estética, sino del estudio y la observación de las estatuas griegas: las cuatro ya citadas del Belvedere. En su primera obra distingue la belleza sensible de la belleza ideal; de la primera el artista toma el *carácter humano*, de la segunda,

15 Véase Gerhard Richter, *Altmärkisches Museum Stendal: Winckelmann*, 3a. edición, Stendal, 1967, p. 41.

16 *Ibidem*, p. 18.

el *carácter divino*. Él exige la elevación del espíritu mediante un doble esfuerzo: moral y anímico. El artista activa sus facultades innatas imitando no a la naturaleza, sino a las obras de arte que han llegado a la perfección ideal, que es lo que caracteriza las obras griegas. Lo que el artista debe alcanzar mediante la indicada elevación espiritual es lo *sublime* en la creación. Como opina Curtius, la crisis de conciencia experimentada por Winckelmann es la expresión de un sentimiento muy profundo que le permitió, mediante la belleza serena del arte, el cambio, la transformación posterior. Desde este punto de vista estimamos que fue Winckelmann quien dio un primer paso que lo condujo al trueque de la emoción religiosa por la emoción estética, algo que tipifica al mundo moderno: en lugar de sentimiento religioso sentimiento estético. Lo que intentamos decir es que tal vez sustituyó la religión por la emoción artística; la adoración de Dios por la adoración del arte; pero fue consciente de que el genio del artista es un don divino.

La juventud europea y muy particularmente la alemana pudo aprehender y gozar los valores ideales, la esencia misma del arte; en suma la belleza de las obras plásticas del mundo griego clásico que él experimentaba con verdadera pasión y lo sitúa, por consiguiente, opuesto al racionalismo de su siglo.

Para Goethe los medios lingüísticos que utilizó Winckelmann para describir el Apolo de Belvedere, sin saber que se trataba de una copia, lo convirtieron en el maestro de Alemania, a la que enseñó a contemplar y a expresar la belleza admirada mediante el enriquecimiento del lenguaje. Con ello también se coloca como el primer maestro de la prosa alemana moderna al lado de Lessing. Junto a la maestría lingüística debemos considerar la artística. Herder calificó la *Historia del arte* como el himno pindárico de la Antigüedad, con lo que quería dar a entender que la prosa apasionada y poética del esteta marcaba el renacimiento de la cultura germana más por obra del espíritu liberador helénico que por el latino. El erudito Friedrich Zucker lo ha expresado de un modo sugerente: *Das Altertum*:

Cuando por primera vez el espíritu griego ejerció su profunda e imperiosa influencia sobre una cultura ajena, logró liberar las propias fuerzas que se hallaban ligadas a su forma italo-romana de existencia y les otorgó la capacidad necesaria para su autodesarrollo. Esta tan fecunda romanidad sumó su fuerza creadora con la helenidad, y, a causa de la latinidad

superpuesta, reiteró este influjo en el transcurso de la historia con los pueblos europeos.

Por esta interferencia, desde la época de Juan Joaquín Winckelmann más y más redimida, la helenidad resultó una ayuda dentro de la proyectada afinidad existencial alemana, para el máximo despliegue de sus propias fuerzas, como podemos ver radiantemente en Goethe.¹⁷

En Roma Winckelmann se va adaptando poco a poco a las nuevas y sorprendentes realidades que le ofrecía la dieciochesca urbe barroca, en la que todavía se apreciaba el esplendor de un humanismo en el que estaban empeñados modestos pero muy sabios investigadores. Él los encomia y aplaude por la profunda sabiduría de la que no hacían gala gracias a su sencillez y carencia de presunción, que era lo que más admiraba, porque contrastaba notoriamente con la pedantería enmascarada de sapiencia que era también la tónica predominante entre la mayor parte de la gótica erudición alemana. En esta ciudad pasó Winckelmann los trece años más felices, los más creadores y enriquecedores de su vida; sus contactos con artistas y humanistas, y particularmente con el pintor Mengs, las observaciones, estudios e intuiciones estéticas adquirieron madurez y seguridad notables por lo que toca a la técnica y al conocimiento de las formas bellas. Hay indudablemente exageración en lo que escribe José Nicolás de Azara respecto a Winckelmann, cuando, según el crítico, todo lo que tiene de técnica la historia del arte es de su amigo Mengs y esto basta para dar idea de lo mucho que había meditado sobre las obras de los antiguos.¹⁸

Imprevisto encuentro con Tánatos

En 1768 partió Winckelmann de Roma para un viaje sin retorno y hasta dicho año su felicidad fue inmensa y su situación material y espiritual había sido superada más allá de toda expectación. Fueron años, repitamos, de máxima actividad repartidos entre Roma, Nápoles y Florencia; años de consagración, de reconocimiento y de honores académicos. Desde 1759 su amistad con el

17 Cit. Richter, *Altmärkisches Museum Stendal...*, p. 75.

18 En José Nicolás de Azara, *Obras de don Antonio Rafael Mengs, primer pintor de cámara del rey*, Madrid, MDCCLXXX. Basta leer el texto sobre Agamenón para darse cuenta de que el fuerte de Winckelmann era el conocimiento estético y no el arqueológico, de suerte que poco podía Mengs haberle enseñado.

cardenal Alejandro Albani, el antiguo oficial de la caballería papal, se había ido fortaleciendo y estrechándose hasta el extremo de convertirse en una relación afectuosa, cálida, ajena a la tirante y tirana exigencia de la etiqueta. Winckelmann se convirtió en consejero, confidente y acompañante del cardenal; vivió con él las etapas constructivas de la famosa Villa Albani e incluso se alojó en la espléndida fábrica en época de vacaciones o cuando su eminencia se traslada a ella. Esta villa-museo fue la máxima delicia que pudo gozar, no por las comodidades principescas del palacio, ni por la belleza de sus jardines, sino por la mayor y más extraordinaria colección de valiosas antigüedades, grandes y pequeñas, que atesoraba y que un particular jamás haya vuelto a tener.

Las circunstancias de la muerte de Winckelmann siguen siendo un misterio. Se ha atribuido su asesinato, de acuerdo con una cierta versión, a la homosexualidad del esteta atraído por toda belleza varonil, y si se consideran los testimonios asentados en el proceso judicial, el asesino Francesco Arcangeli era en extremo apuesto. La codicia de éste a la vista de los presentes que traía Winckelmann consigo, procedentes de la corte imperial vienesa, lo llevó a perpetrar su criminal propósito. De acuerdo con la confesión del propio asesino éste justificó su acción apelando a su conciencia religiosa, porque para él aquel extranjero era judío o protestante. “Poco a poco”, confiesa Arcangeli, “me fui convenciendo de que era un luterano cualquiera, un judío o un espía, un hombre de poco valer, y decidí ejecutar lo que tenía pensado. Él se negaba a acompañarme a la iglesia para oír misa y cuando pasaba por delante de la puerta de un templo nunca se quitaba el sombrero. Leía con frecuencia en un gran libro que no estaba escrito en alemán ni en francés, ni en italiano, sino en otra lengua desconocida para mí”.¹⁹

Probablemente se trataba de una edición de Homero que el viajero llevaba siempre consigo en sus desplazamientos y cuya lectura era su mejor solaz cuando encontraba cualquier momento propicio.

Winckelmann fue, podemos deducirlo, víctima del celo religioso y del recelo político. Su catolicismo, aunque reciente, se muestra patente, diáfano, sin la “cierta astucia” o doblez que le atribuía Goethe. En su lecho de muerte y ya a un paso de ella hace su testamento; nombra albacea al cardenal Albani, reparte sus modestos bienes, lega a su amigo sus tesoros bibliográficos y

19 Goethe, “Estudio crítico”, p. 38.

artísticos, y encomienda su alma al Todopoderoso. Ruega a la virgen María y a todos los santos que intercedan por él ante la Majestad Divina para que le perdone sus pecados y que con su infinita misericordia acoja su alma tras la separación del cuerpo, para que sea recibida en el paraíso de los bienaventurados. Sus despojos mortales debían regresar a la tierra materna para ser sepultados. Confesó, comulgó y murió, se nos dice, “con un gran heroísmo y una piedad realmente cristianas, sin acusar a su victimario, perdonándolo antes bien desde lo más profundo de su corazón y deseando, si ello fuera posible, estrechar su mano en señal de clemencia”.

La autenticidad de su fe católica a la hora de la verdad, la del tránsito a la eternidad, muestra que la conversión de Winckelmann y su vida posterior, hasta su muerte, fueron auténticas, sinceras. Murió laocoontianamente, en medio de terribles sufrimientos; mas sin perder la noble serenidad y grandeza espiritual de un hombre en paz con Dios, con el mundo y consigo mismo.

Excesos dondequiera

Se ha dicho con justa razón que el ideal de los artistas y estetas neoclásicos de revivir en el arte las formas clásicas no fue sino una forma de romanticismo; un romanticismo en el caso de Winckelmann *avant la lettre*, porque tendría todavía que transcurrir el lapso que acordamos a una generación para que el *Sturm und Drang* de los contemporáneos de Goethe comenzara a producir los estragos mentales disgregadores que en muchos casos acabaron en locura o en suicidio.

Románticos fueron los excesos del rococó, los grutescos y pompeyismos imitativos, y románticas fueron también las exageraciones barrocas y las gesticulaciones horripilantes de algunos manieristas. El propio Winckelmann, levantado sobre el pavés de su entusiasmo artístico clasicista, resultó en ciertos casos tan extremo y vehemente en la imposición a rajatabla de las normas estilísticas por él rescatadas, que incurrió en extravíos artísticos que no pueden calificarse sino de aberrantes y por lo mismo muy alejados de la simplicidad y serenidad del arte helénico que él mismo propugnaba. En los extractos de su correspondencia con el arquitecto Clérissseau lo considera no sólo restaurador de nobles ruinas sino incluso inventor de éstas o cuando menos remodelador de ellas, si tenemos presente el *magnífico proyecto* planeado por éste para el riquísimo abate Farcetti, el cual pretendía que en el inmenso jardín que

poseía en Sala, en territorio veneciano, se construyese una edificación que evocase la grandeza constructiva de un emperador romano, inspirada además en el estilo de la famosa villa de Adriano de los alrededores de Roma; pero con la peculiaridad de que se viese ficticiamente arruinada, que apareciese a la vista como un resto de la época imperial. La gran vía romana o, por mejor decir, un buen tramo de ella que cruzaba la propiedad debería representar una antigua ruta consular ornamentada con todos los monumentos con que se tenía costumbre en la antigüedad lindarla, tales como fuentes, estatuas, inscripciones y un gran número de sepulturas y sarcófagos. Tal vía estaría además bordeada por un canal de unos 390 metros de longitud, cruzando el cual se construiría un puente romano triunfal. Se levantaría además una *antica spina* (muro poco elevado que atravesaba el circo romano), un estilóbato continuo de 160 metros de longitud terminado por dos obeliscos, y hacia la mitad de la *spina* una fuente cantarina.²⁰ El resto estaría también adornado de estatuas, cráteras monumentales, trípodas, altares y otros fragmentos antiguos. La ruina a construir se levantaría a unos quinientos y pico metros de la casa del abate, y se modeló en corcho a lo grande, quince pies de largo, maqueta que representaba vivamente los restos de un inmenso monumento triunfal enriquecido con fragmentos antiguos, figuras, bajorrelieves, etcétera. Una vez construida tal ruina, ésta tendría 780 metros de largo y cerca de 100 pies de altura. A cierta distancia de este monumento habría una naumaquia y un anfiteatro. El cuerpo principal de la construcción cobijaría un soberbio museo.

El que estas desmesuras y extravíos se le ocurriesen al estulto abate y que los proyectase arquitectónicamente Clérisseau, que había vivido veinte años en Italia y completado veinte volúmenes de dibujos de monumentos antiguos, pueden pasar, no sin cierta indulgencia por nuestra parte; pero el que Winckelmann aprobase y hasta aplaudiese la monstruosidad del calificado por él “Magnífico proyecto” nos resulta inexplicable, salvo si pensamos que no se puede ser sabio, comedido y discreto durante todas las horas de cada día.

El entusiasmo arqueologizante llegó inclusive en aquel tiempo a extremos increíbles de ofuscación y mal gusto. Winckelmann nos refiere ya casi al final de su larga comunicación, que se entrevistó con el abate Farcetti “en la bella recámara” que el arquitecto había pintado y remodelado para el padre Le Sueur. Toda Roma admiraba la pieza y se hacía lenguas de ella. Subyugado

20 Por supuesto que el autor no habla de metros sino de toesas. La toesa equivale a 1.946 m.

también el neoclásico esteta por la rareza y pintoresquismo de la original remodelación, llega al punto extremo de recomendarle a Clérisseau que realizase en París una réplica para que los parisinos, al igual que lo que ya ocurría con los romanos, admirasen aquel remedo de templo antiguo arruinado (¡cómo no!), dado que la obsesión por las ruinas antiguas llegaba al enfermizo extravío romántico de construir o representar antigüedades, como hemos visto, entre las cuales deambular y soñar como el conde Volney entre las ruinas (éstas sí auténticas) de la ciudad de Palmira, hoy Tadmor (Siria).

Palabras finales

La serie de cartas (I) que presentamos en traducción española al lector fueron publicadas originalmente en alemán por el profesor Walther Rehm²¹ en colaboración con el también profesor Hans Diepolder,²² quienes no sólo hicieron la selección del material epistolar, sino también realizaron en cada una de las piezas las calas necesarias para extractar o podar el texto de las misivas incluidas, eliminando intencionalmente aquellas noticias o temas que los recopiladores juzgaron de menor o poca importancia, por razones que no aclaran pero que podemos suponer que tendrían por objeto principal suprimir todo lo que ellos consideraron superfluo para quedarse con el Winckelmann que les interesaba presentar al lector de lengua alemana. Nosotros hemos tenido que utilizar forzosamente estos extractos porque no tuvimos nunca a la mano ninguna de las colecciones, más o menos completas, publicadas en Alemania. Como puede advertirse hemos agrupado el material en dos secciones: 1) la “Breve selección” epistolar y 2) el “Epistolario alemán”. Por lo que toca a la primera de ellas, constituida por epístolas en latín, así como otras en francés y una en italiano, intentamos con esta varia inclusión dar al lector una idea de los valores humanistas de Winckelmann, y por ello nos hemos sentido obligados a traducirlas para no privar al lector poco familiarizado con dichas lenguas, no únicamente del conocimiento y de la formación intelectual del autor, sino de los primeros anhelantes y esperanzadores pasos de tanteo que

21 Johann Joachim Winckelmann, *Ausgewählte Schriften und Briefe*, selección de escritos y cartas de Walter Rehm, Wiesbaden, Dieterich, 1948.

22 Este escritor indagó la parte arqueológica e histórica, además de escribir las notas de la edición.

da para emerger de un mundo despiadado, opositor y miserable. Por supuesto la edición alemana ya citada no incluía dichos textos y los procuramos en las *Opere di G. G. Winckelmann*, donde aparecen sin traducción al italiano.²³ El conocimiento por parte del stendalense de la lengua latina se muestra patente; empero debe tenerse en cuenta que las cartas incluidas fueron tomadas de borradores previos del propio escritor. Muestra mayor maestría en italiano que en francés, lo que se explica por su estancia en Italia y sus relaciones con personas cultas y educadas. Mérito singular tuvo por haber aprendido el francés y el inglés por sí solo, pese a que vivió durante su juventud en un medio hostil y gazmoño, adverso al refinamiento, a la auténtica cultura y al cosmopolitismo.

La que llamamos “Miscélanea” (II) está constituida por cuatro subsecciones: la primera comprende cinco estudios complementarios: dos del propio Winckelmann y los tres siguientes a cuenta de Lessing, Justi y Menéndez Pelayo respectivamente; la segunda subsección incluye dos apelaciones críticas: una de Winckelmann y otra de Mengs; la tercera está formada por cinco testimonios: Weinling, Erdmannsdorf, Berenhorst, Herder y Goethe. Por último el tono elegíaco corre a cargo de Goethe, Herder y Lessing. Todas estas selecciones fueron incluidas por los dos recopiladores citados, en la segunda parte del volumen mencionado, y están cobijadas bajo el sugestivo título de “Stimmen und Zeugnisse” (voces y testigos); por supuesto la elección de Menéndez y Pelayo corre por nuestra cuenta y los aforismos, si los aceptamos como tales, los hemos extraído íntegramente de la publicación del doctor Gerhard Richter a los que él denomina “Leitzatze” (axiomas o principios).²⁴ La “Tabla cronológica” está inspirada en la que se incluye en la edición de Winckelmann hecha por Inter Naciones, la hemos adicionado con la producción literario-científica del autor estudiado.²⁵ El “Índice de ilustraciones” y la “Bibliografía” constituyen el complemento necesario en este tipo de trabajo.

Mi estimado amigo y colega, el doctor Bernabé Navarro se prestó gentilmente a revisar la traducción de las tres cartas latinas, así como las palabras y frases en griego intercaladas en el texto. Ambos hemos procurado corregir errores y evitar transcripciones erróneas.

23 Editados en Prato en 1830, v. 9 y 10.

24 *Ibidem*, p. 101-102.

25 *Ibidem*, p. 57.



Para terminar sólo nos queda ponderar la buena acogida que tuvo esta investigación, complementaria en cierta medida de nuestra obra anterior *De la belleza en el arte clásico*, por parte de la directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, doctora Elisa García Barragán, y que asimismo ha sido apoyada por la actual directora de la institución, doctora Rita Eder, lo que permite que hoy salga por fin a la luz una obra proyectada hace ya algunos años, sugerida por el maestro Justino Fernández, de grata memoria.

Damos desde aquí las más cumplidas gracias al personal de la Fototeca del Instituto que tanto ha contribuido a la ilustración de la presente edición. Asimismo a María Teresa, mi esposa, por su eficaz colaboración en esta empresa.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS